

Conferencia Magistral Ariel Guarco

26 de octubre de 2018

Queridos y queridas amigos y amigas del cooperativismo del continente y del mundo. Creo que debemos estar muy orgullosos del trabajo que hemos realizado durante esta semana, que inició el día domingo con la Asamblea Mundial de la ACI, y que termina hoy con la lectura de la Declaración Final de la V Cumbre Cooperativa, que estará a cargo de las nuevas autoridades de la Junta Regional de Cooperativas de las Américas.

Permítanme que utilice unos minutos de esta Conferencia, para manifestar mi profundo agradecimiento a Graciela Fernández por haber aceptado la responsabilidad de asumir la presidencia de Cooperativas de las Américas, agradecimiento que hago extensivo a todo el cooperativismo uruguayo, que nos ha aportado a uno de sus mejores cuadros directivos con el propósito de seguir consolidando nuestra organización regional.

Desde la Alianza Cooperativa Internacional, de acuerdo al mandato recibido por la Asamblea General de Kuala Lumpur, en noviembre del año pasado, y de acuerdo a las ideas que hemos impulsado junto a todos y todas ustedes desde este continente, decimos que sólo tendremos una Alianza fuerte, si es fuerte cada una de sus organizaciones regionales y sectoriales.

En este sentido, tengo la seguridad que Graciela hará un aporte trascendente para el fortalecimiento de nuestra Región.

Hago extensivo este agradecimiento en nombre de la Alianza Cooperativa Internacional, a todas las organizaciones miembro de este continente que con el aporte de sus valiosos dirigentes permiten la integración de la nueva conducción regional, que estoy convencido, es de primer nivel.

Quiero además destacar que la Dra. Fernández será la primera mujer que lidera nuestra organización regional. Esto no es casual. Es producto de profundos cambios que están operando en nuestra sociedad gracias a la lucha que han sabido llevar las mujeres de todo el continente en la defensa de sus derechos y en la construcción de una mayor equidad.

Es necesario que el movimiento por los derechos de las mujeres y el movimiento cooperativo dialoguen.

El cooperativismo sólo seguirá vivo si es capaz de interpretar y sumar la fuerza de los sectores más dinámicos de la sociedad.

Por eso, Dra. Fernández, **ayúdenos a que las trabajadoras y luchadoras por los derechos de las mujeres encuentren su lugar en el movimiento cooperativo. Así podremos revitalizar nuestras organizaciones para estar en condiciones de asumir los desafíos de la hora.**

Hoy también tenemos el orgullo de que la Presidenta del Comité de Equidad de Género de la ACI provenga de nuestro continente. Nuestra querida cooperativista colombiana María Eugenia Pérez Zea.

María Eugenia está haciendo una gran tarea que tiene que ser respaldada para que el cooperativismo sea un actor global de peso en la lucha por los derechos de las mujeres.

Igual tarea está desempeñando Xiomara Núñez de Céspedes recientemente elegida al frente del CREG y me complace mucho decirles que también una mujer ha sido electa al frente del CRJ: me refiero a Angélica Soberanes.

No se trata sólo de mayor justicia con el aporte que todas las mujeres realizan día a día en las organizaciones cooperativas. Se trata de que toda la potencia y voluntad de cambio que están mostrando las mujeres de nuestro continente y del mundo, nos ayude a construir un cooperativismo más fuerte, con mayor

capacidad para asumir nuestro rol histórico como un agente de cambio a nivel global.

Porque queremos asumirlo, queremos ser un agente de cambio a nivel global.

Así ha quedado claramente expresado en estos días de intensos debates, donde nos hemos reunido representantes de todo el cooperativismo del Continente Americano, con un acompañamiento muy significativo del cooperativismo de Asia-Pacífico, África y Europa.

Justamente, porque formamos parte de un movimiento a nivel mundial que representa a millones de personas y tiene presencia en todos los continentes.

Nuestra propuesta desde la ACI es que para ser agentes de cambio a nivel global debemos ser los abanderados de la Cooperación Internacional como camino hacia la Paz y el Desarrollo Sostenible.

Nada hay más revolucionario hoy que la letra de los acuerdos internacionales del sistema de Naciones Unidas, desde la Declaración de Derechos Humanos de 1948, hasta la Agenda para el Desarrollo Sostenible, del año 2015.

El cooperativismo, como representante de la sociedad civil democráticamente organizada del mundo, como constructor de economía con raíces en los territorios, debe reclamar el pleno cumplimiento de estos acuerdos y ser un protagonista fundamental para su implementación.

Es el conjunto de la economía social y solidaria, en alianza con otros actores, el motor principal para la construcción del desarrollo sostenible en el mundo.

Les decía, que no hay nada más revolucionario que la letra de los acuerdos internacionales. Quiero aprovechar un aniversario para dar un ejemplo.

El 10 de diciembre de este año se cumplen 70 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. A partir de esta declaración, que enuncia derechos

que obligatoriamente todos los gobiernos del mundo deben respetar, se estructura todo el sistema de Naciones Unidas.

Son las reglas de juego que las naciones del mundo acordaron después de dos devastadoras guerras mundiales; guerras que demostraron lo que el ser humano es capaz en términos de destrucción.

Frente a este horror y como una respuesta surgió la Cooperación Internacional, expresada en la Declaración de 1948.

Las naciones del mundo comprendieron que si querían Paz, era indispensable el desarrollo equilibrado de todos los sectores sociales y de todos los países, y que alcanzar este desarrollo era responsabilidad de la cooperación internacional.

El camino elegido hace 70 años por las naciones del mundo fue la Cooperación Internacional. No fue la guerra comercial, ni mucho menos la idea de construir muros para profundizar la exclusión.

Este camino de Cooperación Internacional ha sido ratificado por la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, aprobada por la Asamblea de Naciones Unidas hace tan solo tres años.

Sabemos que **nuestra civilización enfrenta nuevamente el riesgo del colapso por la competencia sin límites en el uso de los recursos naturales.**

Es un proceso gradual, invisible para muchos, pero vamos camino a una crisis ambiental que tendrá un impacto severo sobre nuestra civilización.

Este es el diagnóstico que ha sido acordado por las naciones del mundo en el Acuerdo de París en 2015, firmado por los miembros de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, y en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, aprobada por la Asamblea de Naciones Unidas.

Tal como lo señala la Agenda 2030: “El cambio climático es uno de los mayores retos de nuestra época y sus efectos adversos menoscaban la capacidad de todos los países para alcanzar el desarrollo sostenible. **Peligra la supervivencia de muchas sociedades y de los sistemas de sostén biológico del planeta**”.

A tres años de este diagnóstico, los avances aún no son significativos.

En noviembre del año pasado, los miembros de la Convención de la ONU sobre Cambio Climático se reunieron en Bonn, y allí recibieron el último Informe (Emissions Gap Report). Allí se dice que con los compromisos asumidos por los gobiernos hasta ahora, en el 2030 sólo se alcanzaría a un tercio de la reducción de las emisiones requeridas para cumplir con los objetivos climáticos. Esto pone en riesgo la vida de cientos de millones de personas.

Ni siquiera cumpliendo las metas a las que los gobiernos se han comprometido alcanzamos un impacto significativo para evitar el calentamiento global.

De acuerdo a la publicación científica Nature Climate Change, de julio de este año, “de los 18 años más sofocantes de la historia, 17 fueron en este siglo y el ritmo de recalentamiento de estos tres últimos años fue excepcional.

Aún con un aumento de la temperatura mundial de 2°C para finales de este s (nivel acordado en la cumbre en París, hoy de muy dudoso cumplimiento de acuerdo al informe de Naciones Unidas del año pasado), muchos países, sobre todo los más cercanos al ecuador, soportarán olas de calor durante más de 300 días por año.

Frente a estos diagnósticos, las naciones del mundo han acordado fortalecer la Cooperación Internacional. Por eso la Agenda 2030 culmina con el objetivo número 17, donde Naciones Unidas nos invita a fortalecer la Alianza Mundial por el Desarrollo Sostenible.

En este objetivo se juega nuestro presente y el futuro de las siguientes generaciones.

No vamos a cumplir con ninguno de los primeros 16 objetivos si no cumplimos el 17, esto es, lograr efectivos avances en términos de cooperación internacional para enfrentar estos desafíos que son más globales que nunca.

La humanidad debe apostar nuevamente a la Cooperación Internacional para asegurar la Paz y el Desarrollo Sostenible. Y el cooperativismo debe ser un protagonista de este proceso, como lo fue en todo el proceso de reconstrucción al finalizar las guerras mundiales.

Pero aquí nos encontramos con una terrible paradoja. Cuando más necesaria es la cooperación internacional, cuando el planeta nos está dando señales de que hay problemas globales que debemos resolver entre todos, pareciera que hay una creciente desconfianza en este camino de diálogo y compromiso recíproco con el destino común.

Vemos con preocupación cómo crece el consenso político sobre propuestas centradas en el interés particular de las naciones; escuchamos en estos días declaraciones de guerra comercial; avanza incluso la construcción de muros que buscan aislar a unos de los problemas de los otros.

Ningún país está primero. Lo primero es la humanidad y la defensa de nuestro planeta.

No es viable pensar en soluciones locales, la salida sólo podremos construirla de forma conjunta.

Entonces ¿Cómo llegamos a esta situación? ¿Por qué esta creciente desconfianza en la cooperación internacional, en las organizaciones de carácter regional o global? ¿Qué fue lo que sucedió para que dirigentes nacionales,

incluso de potencias mundiales, puedan ignorar los acuerdos internacionales sin mayor costo político?

El origen de esta creciente desconfianza en las herramientas de la cooperación internacional hay que buscarlo en las características que ha asumido la globalización económica.

Nuestras comunidades se sienten desamparadas frente a una globalización económica hegemónica por el capital financiero concentrado, que no tiene compromiso con ningún territorio.

Así lo han explicado mucho mejor que yo los conferencistas del segundo eje de esta cumbre, cuando discutimos cuál debería ser el aporte de las cooperativas para alcanzar un el sistema financiero para el desarrollo sostenible.

Ante este desamparo que sufrimos los pueblos del mundo frente la globalización económica, tenemos la opción de aislarnos, o tenemos el camino de pensar una nueva globalización, que sea impulsada desde la participación de las comunidades locales, y que esté centralmente orientada al cumplimiento de los objetivos de desarrollo sostenible.

Para lograr esto es indispensable volver a poner en los territorios el centro de gravedad del desarrollo económico. Necesitamos empresas enraizadas en los territorios, comprometidas con el desarrollo local, pensadas desde el interés de quienes trabajan, producen y consumen de forma local.

Y aquí está el centro de nuestro aporte al desarrollo sostenible. Podemos aportar las ventajas de nuestro modelo empresario para construir economía con raíces.

Construimos cooperativas para movilizar nuestros ahorros locales, para brindar servicios en nuestros pueblos, para crear trabajo en nuestras comunidades. Y desde ese interés local, tenemos la posibilidad de escalar a nivel nacional o regional, pero con la raíces en la tierra.

Pero todo esto no podemos hacerlo solos. Debemos ser parte de los esfuerzos de la cooperación internacional. Debemos crear alianzas fuertes con los Estados y con las organizaciones de cooperación internacional, para construir una nueva economía, con raíces en cada territorio y con responsabilidad global.

Ejemplo de ello son el convenio que hemos firmado este año con la FAO, la revalidación del convenio con la OIT y la carta de intención que estaremos firmando muy pronto con el FIDA.

Este es el camino, trabajar con los organismos internacionales, hacerlo en el cumplimiento de los acuerdos que las naciones del mundo vienen firmando desde 1948, y aportar a estos acuerdos nuestra capacidad de construir economía en manos de los pueblos, de construir economía gestionada por los actores locales y en beneficio del desarrollo sostenible.

Nosotros tenemos un modelo empresario para hacerlo, un modelo que está en todos los países y que eligen diariamente 1200 millones de cooperativistas en el mundo.

Pero para cumplir con esta tarea, con este aporte al desarrollo sostenible, es indispensable mejorar nuestros organismos de integración.

Hay mucha más potencia en las cooperativas de base que en nuestros organismos de integración. Es así, seguramente, porque nuestras principales preocupaciones están con nuestros asociados directos, en el seno de nuestras comunidades locales.

Pero hoy esto no alcanza. Debemos transformar esta potencia local, en una potencia global. Y para esto debemos revisar nuestras estrategias de integración.

Por eso uno de los ejes de este encuentro ha sido la integración de la economía social y solidaria para el desarrollo sostenible. No solo para hablar bien de la integración, eso es fácil, sino para pensar qué tenemos que cambiar y qué tenemos que mejorar.

Han sido importantes en este sentido los mensajes escuchados esta mañana por Javier Goienetxea y Juan Antonio Pedreño.

Javier y Juan Antonio han reflejado en sus exposiciones dos caminos a transitar bajo el concepto de la integración cooperativa. Por un lado la integración política, para incidir en las políticas públicas de los Estados Nacionales y los organismos internacionales, y por otro lado la integración económica, para contar con estrategias empresarias de carácter regional y global, que nos permitan ser actores económicos de una globalización alternativa.

Esto es parte de la doble naturaleza que está en la definición misma de una cooperativa, que es una asociación de personas que organizan una empresa para satisfacer sus necesidades y aspiraciones.

Esta doble naturaleza debe reflejarse en las acciones de nuestros órganos de integración, que deben tener una agenda política, y también una agenda de construcción de carácter empresario.

Tenemos una amplia agenda vinculada a estos temas, que hemos repasado en estos días: lograr un marco legal que reconozca nuestra naturaleza jurídica, lograr un tratamiento impositivo acorde, lograr regulaciones para las

cooperativas de ahorro y crédito que tengan en cuenta su naturaleza de asociación de personas, incorporar la educación cooperativa en el sistema educativo formal, bregar por la incorporación del cooperativismo en las distintas políticas públicas sectoriales, como vivienda, agro o trabajo.

Para todo esto necesitamos organismos de integración nacional y regional capaces de multiplicar y profundizar esta tarea de incidencia sobre las regulaciones y políticas del sector público.

Pero esto sólo no alcanza. La integración regional y global nos tiene que servir también para multiplicar los proyectos de nuestras empresas, y para construir proyectos empresarios de carácter internacional.

No alcanza con las tareas de incidencia sobre las políticas públicas. Los desafíos de la sostenibilidad global, nuestro necesario protagonismo en la Alianza Mundial para el Desarrollo Sostenible, nos exigen ser capaces de llevar adelante una estrategia regional y global para el desarrollo empresario cooperativo.

Tenemos que estar en condiciones de asegurar a los organismos internacionales como la FAO, FIDA, OIT y a los Bancos Multilaterales de Desarrollo que somos los mejores actores con que cuenta la sociedad, para transformar la cooperación internacional en desarrollo sostenible.

Por eso han sido muy provechosos los encuentros que hemos desarrollado en esta Cumbre, como por ejemplo el lanzamiento de la Plataforma Cooperativa de Desarrollo Regional, que surge de un proyecto de cooperación entre la Alianza y la Unión Europea.

No hay desarrollo sostenible sin empresas que lideren desde los territorios este desarrollo sostenible. Este es el papel que debemos ocupar como cooperativistas.

En términos de cooperación empresarial entre cooperativas tenemos una gran tarea pendiente. Debemos reconocer que en nuestro continente nos falta recorrer un largo camino para impulsar proyectos económicos compartidos entre cooperativas de distintos países, incluso para impulsar cooperativas transfronterizas.

Esto es particularmente importante en esta hora de desafíos globales. El sustento material de nuestro protagonismo como actores de una economía global deben ser empresas cooperativas con estrategias regionales y globales.

Si las cooperativas de ahorro y crédito no tenemos una estrategia común frente a la banca multilateral de desarrollo, lo nuestro se agota en el reclamo frente a las autoridades financieras de cada país.

Si no tenemos una estrategia común desde las cooperativas agropecuarias para trabajar el mercado internacional, entonces podemos llegar a ser líderes en nuestras localidades, pero nos faltará mayor peso en el ámbito internacional.

Las nuevas tecnologías nos ofrecen nuevas y enormes oportunidades para multiplicar proyectos comunes más allá de las fronteras geográficas: en el ámbito del diseño; de la programación; de la comunicación; de la articulación entre productores y consumidores; en el ámbito de las finanzas y el desarrollo de las *fintech*.

Para poder dar un salto cuantitativo y cualitativo de nuestros organismos de integración necesitamos un compromiso estratégico fuerte de todos los miembros de la Alianza.

Debemos dotar a nuestros organismos de integración con recursos políticos y económicos para poder asumir nuevas responsabilidades en la Alianza Mundial para el Desarrollo Sostenible, y que esto se traduzca en más y mejores proyectos empresarios en nuestros territorios.

Somos un movimiento social que ha sabido construir empresas para hacer frente a sus necesidades y aspiraciones económicas, sociales y culturales comunes.

Hoy nuestras necesidades y aspiraciones son contribuir a la defensa del planeta y construir una alternativa frente a la globalización hegemónica del capital financiero.

No somos una organización que viene a ofrecer su trabajo voluntario. Somos un conjunto de empresas que de forma organizada ofrecemos un modelo distinto, que permite construir economía desde el interés local y con proyección global.

Hace unos momentos les mencionaba el alarmante informe de Naciones Unidas sobre el cambio climático. En ese mismo informe se afirma que las 100 empresas más grandes del mundo que cotizan en bolsa representan la cuarta parte de las emisiones globales de gases invernaderos.

No es sólo un problema de gobiernos. Es necesario interpelar los modelos empresarios que como sociedad elegimos para producir y consumir.

Es lo mismo que nos dice el Papa Francisco, en la encíclica Laudato Si, significativamente subtitulada “Sobre la Casa Común”. Este es un extraordinario documento, del año 2015, el mismo año del Acuerdo de París, y de la Agenda 2030.

En esta encíclica, les decía, el Papa Francisco se pregunta: “¿Es realista esperar que quien se obsesiona por el máximo beneficio se detenga a pensar en los efectos ambientales que dejará a las próximas generaciones?”.

Esa es la pregunta que debemos plantearle al mundo. ¿El modelo empresario al servicio del capital que nos trajo hasta aquí, puede liderar el cambio en las formas de producir y de consumir a la que nos invita la Agenda 2030 de Naciones Unidas?

A esta pregunta el Papa Francisco contesta: “Dentro del esquema del rédito no hay lugar para pensar en los ritmos de la naturaleza, en sus tiempos de degradación y de regeneración, y en la complejidad de los ecosistemas, que pueden ser gravemente alterados por la intervención humana. Para que surjan nuevos modelos de progreso, necesitamos cambiar el modelo de desarrollo global lo cual implica reflexionar responsablemente sobre el sentido de la economía y su finalidad, para corregir sus disfunciones y distorsiones”.

Esto es lo que tenemos que ofrecerle a la humanidad, como aporte en la defensa del planeta: un modelo empresario con el que es posible construir economía con raíces, poner la economía en manos de la comunidad, de quienes trabajan, consumen y producen en el territorio, para así poder construir otra globalización.

Por eso decimos no a la guerra comercial. Decimos no a los muros. Decimos no a una economía global sometida al movimiento especulativo del capitalismo financiero.

Decimos que ningún país está primero, porque primero está la humanidad, que apelando al motor de la fraternidad humana puede hacerse cargo de alcanzar los objetivos de desarrollo sostenible.

Lo decimos desde el convencimiento de que es posible construir economía de otra forma, desde los intereses y la participación democrática de la comunidad.

El mundo debe saber que la democracia también sirve para construir economía. Y esto es lo único que nos va a asegurar que los intereses de nuestras comunidades estén presentes en la construcción de la economía global.

Para llegar con este mensaje a la comunidad, para incidir sobre las políticas de los gobiernos, para impulsar estrategias empresarias cooperativas de carácter regional y global, debemos fortalecer, ampliar y renovar nuestros organismos de integración.

Creo que esta Cumbre ha sido un paso decisivo en este sentido. Espero que cada uno de nosotros volvamos a nuestros lugares más convencidos sobre el nuevo papel que esta hora de desafíos globales nos reclama como movimiento.

Los invito y las invito a seguir construyendo un movimiento cooperativo plural, cada vez más integrado y más comprometido en la búsqueda de soluciones a los problemas que enfrentan nuestras comunidades. Soluciones que deben ser sostenibles y sustentables. Un movimiento cooperativo capaz de construir una sociedad más justa, más equitativa, más inclusiva. Un mundo más pacífico, Un Mundo Mejor!

¡Muchas Gracias!